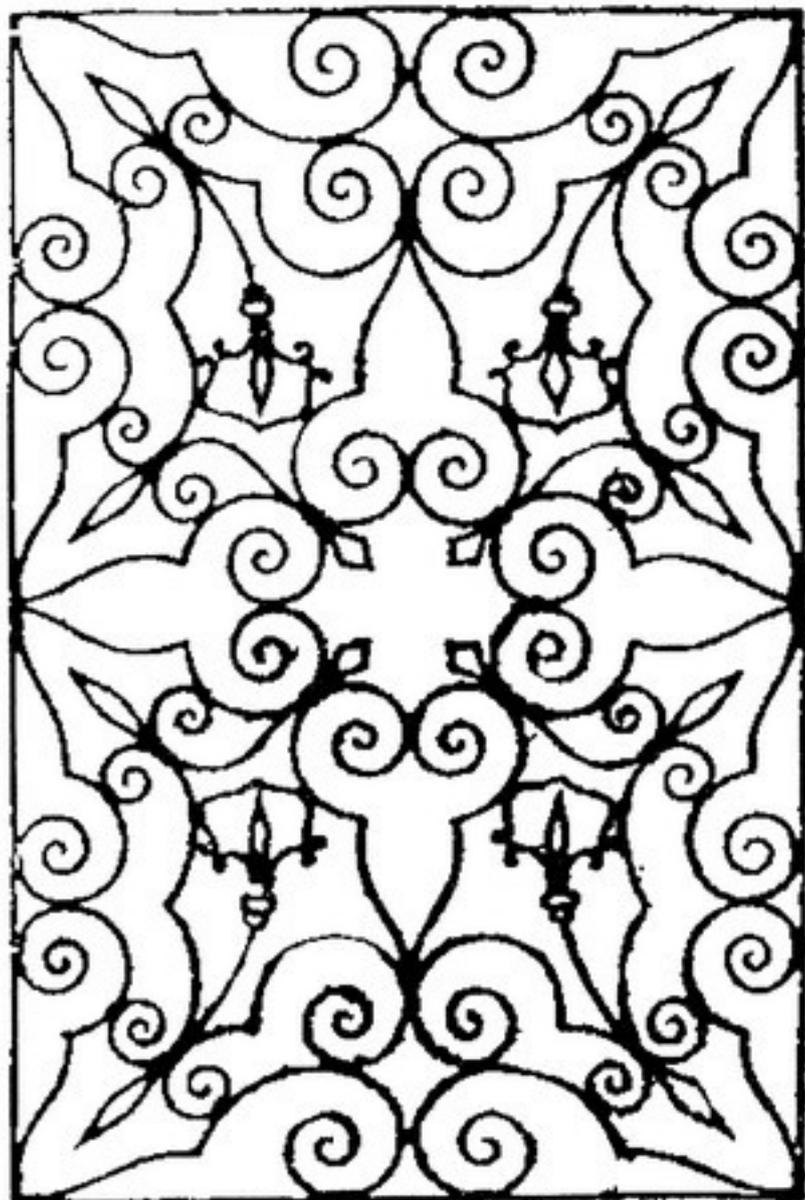


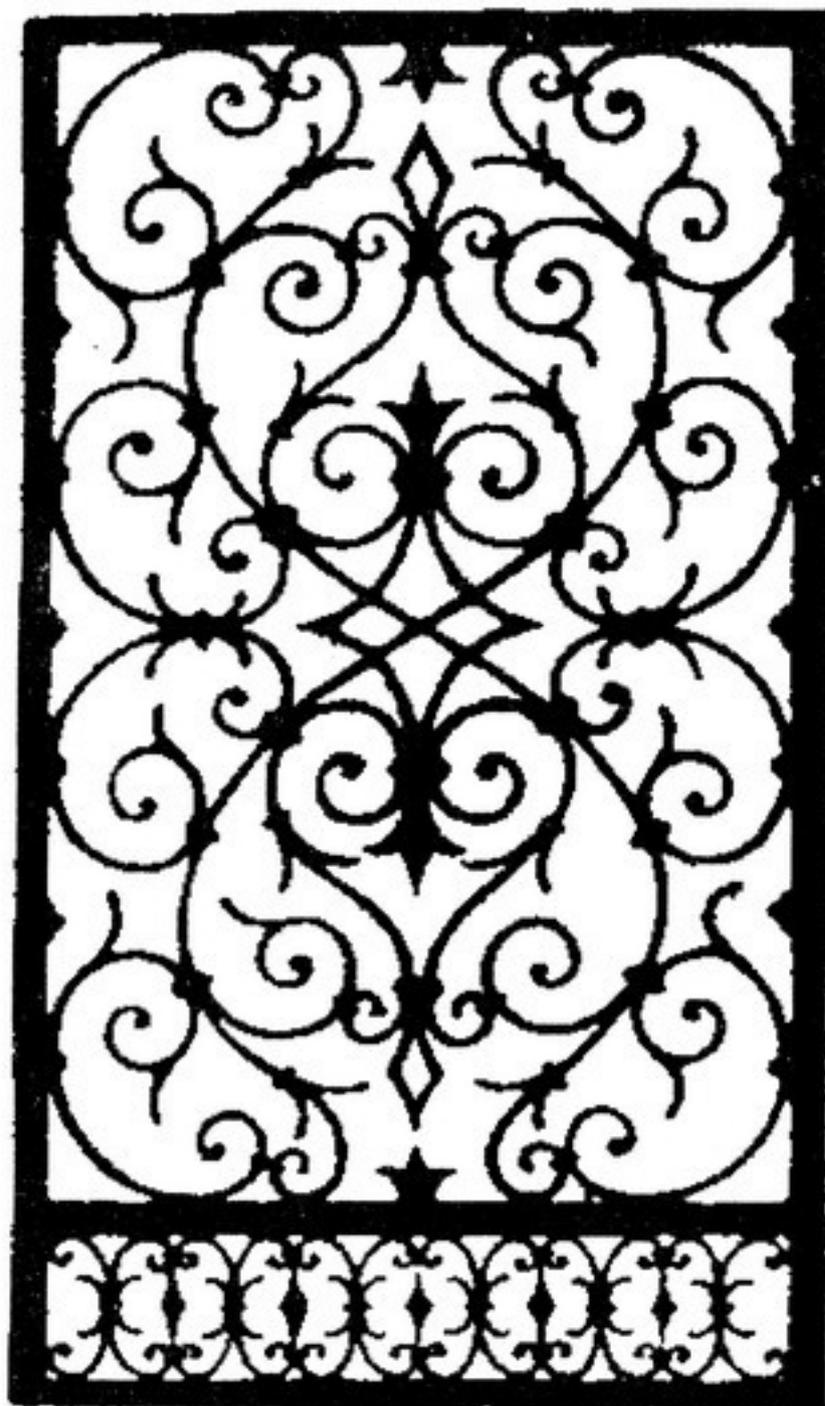
El herrero

Y ahora que los árboles de la calle ancha se doblan en sus ramas cargadas de hojas, que los aguaceros se suceden como presencias insistentes en los jardines, la mañana se recuesta en la vereda con manchas añosas y apoya la cabeza en el portón gris cerrado definitivamente al movimiento, al olor de transpiración de los cuerpos, a las voces que soltaban certidumbres y al humo de algún cigarrillo olvidado entre clavos y brillantes virutas retorcidas. Las señales de la indife-

rencia habían aparecido. Los hermanos, salvo uno, todos seguían el oficio del padre: herrero. La madre, los domingos, se arremangaba para que las flores del vestido no cayeran sobre la pasta de los fideos que amasaba con todo el amor que él siempre recuerda y que ahora recuperó en la flor que apareció esta madrugada en su almohada. En las mañanas cálidas, sentado en los escalones de su casa, leía quién sabe qué libro mientras los amigos pasaban y él se olvidaba de los nombres y los rostros porque otros eran los rostros y los nombres que aparecían en las páginas que leía. Leía para pasar el tiempo o, tal vez, para pasar lo que de vida le quedaba.

O lo que de recuerdos no quería silenciar. Porque, mirando esta araucaria que crece y crece cada año, sé que no espero volver a aquellas araucarias del Neuquén. Eso pertenece a un pasado remoto que me alegra y me pone a descansar en la memoria. Nunca quise soltar del todo el aire de mi boca pero tampoco desesperé: me puse pausas que hacían recodo en las tinieblas. Fui desperejo como una escalera mal labrada. Con mi perro Leal, gran cazador, solía dividir el día entre paisaje, estómago satisfecho y silencios de bosque. Estos tordos azules que vienen a comer al pie de la araucaria, vienen porque les tiro las semillas, entonces ellos resplandecen en su vuelo, radiantes desde el canto que renueva el aire y me pone violines a las palabras que no digo, que tampoco dije en otro tiempo cuando forjaba los hierros que se enternecían en hojas y flores y estirados caracoles que nunca caminaban. Los tordos interrumpen mi lectura de este libro que narra las andanzas de Napoleón por las tierras rusas. A veces, inclino la cabeza para ver mejor a la araucaria y el vecino que pasa cree que lo estoy mirando, entonces me





saluda y yo contesto porque no cuesta nada ser educado. Pero no me interesa ese murmullo de palabras que quieren decir nada. Tan nada son que los gatos, al pie de los robles, holgazanean sin prestar atención a esos sonidos humanos que lucen como un ratón seco, vestigio de un escape alucinado entre canaletas tapadas por las hojas del último invierno. Yo tengo en los oídos las palabras del hierro que conmigo salían elevándose en el fuego y en su clamor pertinaz condensaban el aire silbante de la fragua. El hierro se tornaba andariego en su hablar destellado en cada golpe de

martillo. En esta esquina labré delicadas enredaderas que están demoradas en las verjas detrás de las cuales se refugia el rostro sereno de los jardines. Esas enredaderas y todas las flores y hojas y curvas de espirales enrollándose y desenrollándose nunca fingieron, nunca dijeron ser de una manera para después convertirse en otra. Todas ellas conservaron la serenidad de la forma única y definitiva, ésa que sólo impera en la indiferencia. Yo sé que el trayecto del día a la noche es candente, pero carece de confusiones. Por eso prefiero esta espera sentado al costado de la carretera mirando el bosque de robles y araucarias, mirando mi memoria que danza en las páginas del libro que ya no leo y, sobre todo, mirando a esa pareja de tordos azules que silban su lenguaje de luz. Como y bebo el agua de todos los días, marco el compás de los pasos que se acercan a veces potentes en el silencio, a veces livianos como una plegaria, pero siempre insistentes. Espero. Y nuevamente camino con Leal, esta vez aguas abajo de un río oscuro que trota entretejiendo reflejos en la duermevela de

los árboles. No sé cuál es el misterio pero unos pliegues me van conteniendo, me inmovilizan y el aire ya no es un obstáculo, no necesito esforzarme para que del hierro mudo de mi cuerpo salten las palabras, las que no dije, pero que ahora se ofrendan alegremente en la distracción de la noche. No veo. Se me esconde la mirada cuando al ritmo del martillo la fragua quiere ser un estanque quieto. ¿De dónde viene ese silbido que parece llamarme...? No son los tordos... Soy yo llamándome...